

# LA IMAGEN DEL PAÍS DEL SOL NACIENTE EN ESPAÑA A TRAVÉS DE LA ASIMILACIÓN, DIFUSIÓN Y USO DEL LÉXICO JAPONÉS HECHO POR HISPANOABLANTES<sup>1</sup>

Fernando Cid Lucas  
Asociación Española de Orientalistas (UAM)

*Al profesor Fuji Teivo,  
agradeciendo su hospitalidad.*

## RESUMEN

Durante los últimos años, y retomando el parón que se obró tras el denominado “Siglo Ibérico de Japón”, tan lejano ahora, la cultura nipona está más que presente en nuestro día a día. Numerosos vocablos y expresiones dan fe de ello. En el presente artículo vamos a dar explicación a esta segunda oleada de palabras llegadas desde el Extremo Oriente y también de cómo ha sido su arraigo en la lengua de Cervantes.

## EL JAPÓN QUE CONQUISTA LENTAMENTE

En nada exagero cuando afirmo que ya desde los años ochenta del pasado siglo XX se detectaba una incipiente llegada (mantenida por riego de goteo, bien es verdad) de vocablos provenientes de Japón en España. Sustancialmente, esto fue debido a la pujanza entonces de algunas artes marciales que calaron hondo entre la juventud del momento, ayudadas éstas por una serie de películas (de cuestionable calidad) a las que tuvimos acceso no a través de la gran pantalla, sino por aquellos lugares iniciáticos y de culto, hoy ya casi extintos, que fueron los videoclubes de barrio (de rigor es, siquiera en un breve paréntesis, citar títulos como: *Karate Kid*, *7 Lucky Ninja Kids* o *Los tres pequeños ninjas*, aunque, dicho sea de paso, no eran películas hechas en el País del Sol Naciente, sino que querían inspirarse en sus tradiciones guerreras, pero de eso, entonces, nada sabíamos la chavalería). Una pasión esta de las artes marciales que se vio reforzada, como digo, por el imaginario amplio y atrayente que venía de una serie de filmes que hablaban del *kendō*, del *karate* o del *judō*, pero que también traían conceptos con menos posibilidades de ser transmitidos a nuestro día a día en el espacio que nuestros padres dedicaban a nuestras actividades extraescolares, como el arte invisible de los ninja, con sus mortales *shuriken*, por ejemplo. Aunque, puestos a ser honestos, a más de un compañero de la EGB vi intentando trepar a los árboles de las afueras de la ciudad, imitando las mañas de estos guerreros japoneses del celuloide.

---

<sup>1</sup> El autor desea agradecer aquí los consejos, comentarios y conversaciones tenidas al hilo de redactar el presente artículo con la profesora de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto Harumi Nishinotoin, gracias a quien este trabajo se ha visto notablemente enriquecido.

Una fuente extraordinaria que nos hizo saber en España de qué se trataba eso de las artes de los ninja no fueron los filmes nipones, sino una película que ya traía un sustrato de cómic exitoso hecha en los EE.UU., *The Teenager Ninja Turtle*, en donde (evidentemente, alejada de todo fundamento histórico riguroso) los protagonistas eran cuatro jóvenes tortugas mutantes que adoptaban las armas y las forma de combate cuerpo a cuerpo de los aludidos mercenarios nipones. Con la facilidad que hoy da internet, compruebo ahora que la cinta fue todo un éxito de taquilla en nuestro país, que también lo fue su *merchandising* y que por ella se disparó el número de niños matriculados en escuelas de artes marciales de grandes y pequeñas ciudades de nuestro país<sup>2</sup>. Muchos de los que fuimos jóvenes en esos años conocimos por estas tortugas mutantes palabras japonesas como *sensei*, *tatami*, *dojo*, *samurái*, *katana*, *bo*, *sai* o *nunchakus* (pluralizado con ese final en nuestra lengua, ya que esta marca no existe en japonés), que, por nuestro creciente interés por Japón, supimos que recibían también el nombre de *sosetsukon* o *nisetsukon*. El *sansetsukon* era igual, pero con tres piezas de madera en lugar de dos y, por lo raro o exótico, a muchos nos “molaba” más, lo dibujábamos en nuestros cuadernos durante las clases de sexto o séptimo, e, incluso, alguno casero ensayamos dejando coja alguna cama o mesa del trastero o cortando en tres el palo de la escoba. Eran, anécdotas aparte, conceptos materializados por palabras que venían de un país muy lejano, que apenas si podíamos situar, de primeras, sobre el mapa de nuestro “Iter Sopena”, obligatorio en nuestras mochilas escolares, que nos evocaba un mundo de guerreros, de sables afiladísimos capaces de cortar a una persona en dos (y esto no es fábula, o, si no, que se lo digan a muchos de los mártires cristianos que se hicieron en tierras japonesas durante el denominado “Siglo Ibérico de Japón”<sup>3</sup>).

Pero, debo decir que la llegada y el uso sistemático de palabras japonesas se obró en nuestro país con el arraigo de la publicaciones de los primeros mangas (cómic japoneses), con *Dragon Ball*, del gran dibujante Akira Toriyama, a la cabeza. Con el tiempo he sabido que su éxito editorial fue arrollador, que sus entregas se despachaban como churros, que (cuando la ley aún lo permitía o no estaba aún tan sobre el asunto) se fotocopiaron centenares de volúmenes y de páginas que pasaron de mano en mano (nuevamente, vuelvo a dar fe de ello) entre los chavales. Los recreos de nuestros colegios se aprovechaban para este inocente “trapicheo” de cómics piratas durante esos años, o, al menos, así ocurría en mi ciudad.

Es en este marco donde multitud de títulos iban llegando y asentándose, series como “Los caballeros del Zodiaco”, “Bateadores”, “Chicho Terremoto”, “Campeones”, “Juana y Sergio”, “Lamu”, “Ranma 1/2”, etc., que contenían una miríada de

---

<sup>2</sup> Véase para esto lo recogido en el interesante artículo publicado en: <http://atcbaq.com/blog/tag/artes-marciales/> (última consulta: 05/08/2016).

<sup>3</sup> Véase para esto el documentadísimo libro de: CABEZAS GARCÍA, Antonio, *El siglo Ibérico de Japón*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1994.

conceptos, de formas de hacer el día a día de otras personas que estaban muy lejos de nuestras fronteras, como comer con palillos, dormir en futones (artilugio que, por cierto, ya se comercializa en España, con este mismo nombre, y que funciona muy bien en cuanto a ventas) o pirrarse por lo último en tecnología, que a nosotros nos parecía aún de ciencia ficción. Reconozco, cuando vuelvo la vista sobre esos años, que no sólo los vocablos, sino también el hacer las cosas de una manera diferente a como me las habían enseñado en casa fue igual de impactante. Igual de impactante fue conocer que una espada podía ser una *katana*, y, a la vez, que me podía llevar a la boca la comida no con el tenedor, sino con unos palillos de madera. Si me preguntan si he sufrido en mis propias carnes el amor por Japón, diré que bastante en esos años. Aún recuerdo cuando en casa de mi abuela dije que iba a comer las croquetas y las empanadillas con dos palitos de madera que había sacado de unos zapatos suyos que servían para mantener su forma. En efecto, casi introduje la comida directamente en mi boca por la inercia obrada por la colleja de mi abuela y no por el uso del tenedor o de los improvisados *hashi* japoneses.

Ahora, en 2016, a las generaciones más jóvenes no les extraña encontrar en los grandes supermercados palillos de madera de todos los colores y tamaños, con múltiples diseños, para hacer más *fashion* una cena entre amigos, aunque se coma en ella tortilla de patatas. Tampoco les resulta exótico o les invade un cosquilleo por estar realizando algo novedoso, especial, al comprar los últimos mangas o *animé*. No saben que, no hace mucho, nos apañábamos aquí con nuestros benditos *Mortadelo y Filemón*, *Zipi y Zape* o *Superlópez*.

Manga, *animé*, *shōnen*, *shōjo*, *hentai*... palabras que nuestros jóvenes conocen y usan a diario. Pero, la conformación de una lengua es a veces caprichosa, no acepta una norma única. Digo esto porque, rizando el rizo de las influencias recíprocas, de reciente cuño es el término *iberomanga*<sup>4</sup>, que sirve para referirse (en España y también fuera de aquí) al cómic de estética eminentemente nipona dibujado o editado en nuestro país, tal ha sido su impacto en la cuna de Cervantes, en el que, por cierto, varios nombres femeninos se han hecho con un lugar de honor, irradiado también hasta el País del Sol Naciente o Latinoamérica (especialmente en países como México, Perú o Argentina).

Pero, volviendo de lleno al ámbito de los términos japoneses en nuestro idioma, recojo ahora una frase de quien fuese catedrático de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto, Ángel Ferrer i Casal:

“Ahora está a punto de resquebrajarse la legendaria muralla de China y nadie sospecha lo que nos espera. De momento, Asia nos invade con una amplia gama de productos culturales: *yoga*, *tantra*, *taichí*, *reiki*, *karaoke*, *bonsái*, *judo*, *shiatsu*, *kendo*, *i-ching*, *taekwondo*, *karate*, *hari-yaku*, *kyudo*,

---

<sup>4</sup> Para ahondar en esta novísima definición, consúltese el contenido de: <http://www.deculture.es/tag/iberomanga/> (última consulta: 25/08/2016).

*manga, ying-yang, fengshui, kung-fu, zen*, etcétera. Nada de esto o muy poco conocían nuestras generaciones anteriores, a parte de la reencarnación<sup>5</sup>6.

El profesor Ferrer escribía esto cuando aún Japón no había ganado, por rotunda goleada, a sus vecinos asiáticos en cuanto exportación cultural a nuestro país (que no económica) se refiere. China ha llegado, lo mismo que Corea del Sur -podrán decir algunos- por supuesto; pero si China interesa aquí es por las oportunidades para hacer dinero (recientemente cuestionadas) y no por su caudal cultural, que apenas ocupa ni a los propios chinos radicados en España; dígame el lector si, a parte de su moneda, el yuan, o el *wok*, utilísimo para una cocina saludable, puede aportar alguna palabra más a la lista. En cuanto al otro país vecino, Corea del Sur, es cierto y constatable que su cine, sus cómics (*manwa*<sup>7</sup>) y su gastronomía (el *kimchi* ya se encuentra disponible en supermercados de ciudades como Madrid o Barcelona con el marbete de “encurtidos coreanos”) está comenzando a aterrizar y la acogida está siendo, hasta el momento, más que buena.

Por lo que ocupa a Japón, en efecto, diseminados por todo el territorio nacional podremos encontrar asociaciones o grupos dedicados al *sumi-e*, al *taiko*, al *ikebana*, al *shodō* e, incluso, a la práctica (con más o menos veracidad) del budismo en su ramificación zen. No son, matizo, grupos dedicados a la acuarela monocroma, a los tambores, al adorno floral o a la caligrafía. La traducción, en el caso de Japón, hace que se pierda el matiz moral, la filosofía, el *dō*, de estos vocablos japoneses. Si Gil de Biedma<sup>8</sup> recogía en traducción al español las palabras de Robert Frost que decían que: “la poesía es lo que se pierde al traducir”, aquí cabría decir que con la traducción -que no es traducción, porque no llegan al lector infinitos matices- se pierde el corazón (que no es corazón y sí *kokoro*, en cambio) de los significados anteriormente enumerados. Por ello, como digo, al consultar con quien lleva ya un tiempo viéndoselas con los pinceles y con el papel de arroz, o con la dura piel del *taiko*, no tendrá reparo en afirmar que él o ella no practica la acuarela o el tambor, sino el *sumi-e* y el *taiko*. Hay, y no es por cargar con misticismo todo lo que viene desde el país asiático, una especie de respeto providencial, de moraleja que queda, pero sin imponerse, o de código de conducta que embarga muchas de las artes de Japón. Quizá por ello la “necesidad” de que el término vernáculo se haya impuesto en su transcripción fonética, derivada de la lectura ideográfica de sus “endiablados” *kanji* y no esa aproximación a su significado que muchos llaman aún traducción.

<sup>5</sup> Esto tiene que ver en exclusiva con la religión budista y no con otras creencias de Extremo Oriente más pragmáticas, como son el Taoísmo o, incluso, el Shintō.

<sup>6</sup> TEIICHI, Kawaguchi (recopilación y traducción de Ángel Ferrer y Doho Yayoi), *Los haikus del maestro*, Barcelona, Shinden, 2005, p. 15.

<sup>7</sup> Palabra que recuerda, poderosamente, al término japonés para referirse al cómic.

<sup>8</sup> ELIOT, Thomas Stearns (prólogo de Jaime Gil de Biedma), *Quatre Quartets*, Barcelona, El cercle de Viena, 2010, p.9.

Nuestra lengua, o tal vez sea mejor decir nosotros mismos, estamos receptivos a la adopción de términos –quizá en esto seamos un tanto diferentes a los nipones-, no nos importa expresarnos con ellos, y mucho menos si estos vocablos llegan desde lo que nos entusiasma. Por eso, un joven apasionado por la cultura japonesa no va a la tienda a comprar un tebeo y sí a comprar un *manga*, no come fideos, sino *ramen*, no es un coleccionista de figuritas o de disfraces que se pone junto a su grupo de amigos y sí un *otaku*... y así hasta precisar un buen número de ejemplos que ahora se me ocurren.

Un gran escritor -además de amigo-, Fernando Iwasaki Cauti, guasón como él sólo, peruano de cuna, pero también japonés (por parte de padre) y español (de plena adopción), tiene muchos párrafos en sus escritos dedicados al japonismo y también al falso japonismo que campea por España, que son, a mi juicio, como para morirse de risa por lo veraz, que nos alertan sobre lo que representan las modas, qué peligros conllevan o cómo actúa la masa, cegada ante la irracional fascinación de la diferencia. Recomendables, muy recomendables. Como muestra, un botón:

“Por otro lado, la “Yoneyamamañía” provocó un efecto dominó que precipitó a la sociedad española sobre cualquier cosa que pareciera japonesa, como el manga, el ikebana, el sudoku y el flamenco. Nunca se leyó más a Kawabata, Mishima y Tanizaki. Nunca se comió más sushi en Alcorcón de la Frontera. Y nunca hubo más demanda para aprender la enrevesada y milenaria lengua japonesa.”<sup>9</sup>

E insiste en la fascinación de los motivos japoneses en nuestro país un poco más adelante, cambiando de relato, pero no de ideas en cuanto a la seducción de lo japonés en nuestro país se refiere, lo que le sirven a Iwasaki para articular su texto (y, acaso, también todo su libro titulado *España, aparte de mí esos premios*):

“La “Komatsubaranoia” provocó un efecto dominó que precipitó a la sociedad española sobre cualquier cosa que pareciera japonesa, como el *manga*, el *kabuki*, el *karate* y el flamenco. Nunca se leyó más a Oé, Ishiguro y Murakami. Nunca se comió más *sushi* en la feria de Villafranca de los Arroyos. Y nunca hubo más curiosidad por aprender la enrevesada y milenaria lengua japonesa, pues hasta el cocinero de la selección olímpica española quería intercambiar recetas con Makoto cuando saliera del Alcázar.”<sup>10</sup>

Japón interesa aquí. Se editan y se compran libros sobre haikus como rosquillas (en España y también en Latinoamérica, donde esta forma hace furor entre los aficionados a la poesía, véase para ello cualquiera de los muchos blogs al respecto

<sup>9</sup> IWASAKI CAUTI, Fernando, *España, aparte de mí estos premios*, Madrid, Páginas de espuma, 2009, p.26.

<sup>10</sup> IWASAKI CAUTI, FERNANDO, *Op.Cit.*, pp.46-47.

que manejan palabras como haiku, *haijin*, *haibun*, *haiga*, *kigo*, *kire*, etc.), y cualquiera los escribe, aunque el resultado sea otra cosa (y esto no le sucede al común de los mortales, también sobre los escritos por todo un Mario Benedetti tendríamos muchos que decir al respecto).

Ironías aparte, no podemos dejar pasar por alto que, en el ámbito de las Bellas Artes, como pujantes lugares de difusión de lo japonés están la Universidad de Zaragoza, la Complutense de Madrid o la Universidad de Oviedo. Se habla en clase de *ukiyo-e* y no de xilografía japonesa, de *urushi* y no de lacas niponas, de *tera* (o *dera*) y no de iglesias del País del Sol Naciente. Les alabo el gusto a sus profesores. No porque quieran hacer parecer un lugar único la tierra de los infinitos *kami*<sup>11</sup>, sino porque con las palabras se explican mejor los matices que diferencian los conceptos japoneses de los occidentales.

Haciendo un poco de historia, las primeras palabras japonesas, algunas relacionadas con las artes, llegaron a nuestra lengua durante el ya referenciado “Siglo Ibérico de Japón”, una época en donde se intentaron las relaciones comerciales, pero donde también hubo un interesante trasiego cultural. Marineros, comerciantes y religiosos españoles y portugueses se asentaron en el sur del país durante un breve periodo de tiempo y dejaron en el japonés, de manera definitiva, palabras como *pan*= pan, *karuta*= naipes o cartas o *kappa*= capa. Pero, el trabajo también se hizo a la inversa. De este periodo datan palabras eminentemente niponas en los documentos ibéricos de la época, tales como “biombo”, un elemento artístico que tuvo mucha importancia no sólo en México, España o Portugal, sino también en otros países europeos como Francia u Holanda. Lo mismo ocurrió con vocablos como *bozu* (bonzo), *fune(a)*, (barca) o *catana* (*katana*), que no dejó de usarse en algunos países de Latinoamérica para referirse al machete largo, ancho y ya algo embotado.

Como decía, no hay duda al respecto de que gran parte de la difusión de la cultura japonesa, y, con ella, del léxico que hoy manejamos, tuvo que ver con la difusión en nuestro país, durante los 80 y principios de los 90, de un incontable número de series de animación japonesa (*animé*) y la comercialización de importantes títulos de cómics (*manga*). Dos términos estos: *animé* y *manga*, que están completamente arraigados en nuestro vocabulario, tanto es así que en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española ya aparece definido el último de ellos; una palabra que no estuvo a salvo de polémicas<sup>12</sup>, ya que algunos lexicógrafos querían

<sup>11</sup> Dioses protectores, muchos con entidad de genios tutelares, otros son personificaciones de los elementos, antepasado, espíritus, etc., propios de la religión vernácula japonesa, el Shintoísmo. Para profundizar en ella recomiendo el libro de SOKYO, Ono, *Sintoísmo. El camino de los kami*, Gijón, Satori, 2007.

<sup>12</sup> Véase para esto el interesante artículo de Jordi Canyissà publicado en *La Vanguardia*, “La RAE y el manga, entre la ignorancia y el desprecio”, 27 de junio de 2012, (disponible en edición digital. Última consulta 28/08/2016).

añadir que manga se refiere al tebeo japonés violento; la definición quedaba tal como sigue aquí: “Género de cómic de origen japonés, de dibujos sencillos, en el que predominan los argumentos eróticos, violentos y fantásticos”. Sin embargo, y aunque exista esta vertiente, es cierto que dicha definición indignó a autores de manga español y a un sinnúmero de lectores, llegando la polémica a una de las mayores instituciones en lo que a la difusión del manga, el *animé* y los videojuegos se refiere, el Ficomic. En lo tocante a lo de dibujos sencillos, se nota que quien hizo la definición no conocía en profundidad la obra de Osamu Tezuka o la de Shigeru Mizuki, entre otros. Y, si hay violencia, erotismo o fantasía en el manga, por supuesto que sí, pero su universo es tan amplio que también se pueden encontrar adaptaciones de las mejores obras de Shakespeare, Dante o, incluso, del farragoso *El capital*, de Marx.

La terminología propia del *manga* va en franco ascenso en España, los subgrupos, los estilos, las técnicas, etc. ya están siendo conocidas (gracias, en gran parte, a internet) por nuestros jóvenes. Así, si pasamos un rato en las librerías de las grandes ciudades, no es difícil encontrar diálogos como: “-Hola ¿qué es lo último que te ha llegado de *shōnen*?” O: “Este es mi *mangaka* favorito”. Reto al lector a que pregunte a cualquier adolescente aficionado a la lectura de cómics japoneses por estos términos; luego podría preguntar por el “entremés”, por la “loa” o por el “soneto”. Imagino que ya intuirá las respuestas.

Acompañando a esto, me gustaría señalar ahora que también las editoriales españolas han adoptado la forma japonesa de editar manga, lo mismo que el papel o el tamaño de los volúmenes, de corte sobrio en su interior y de vistosa portada para llamar la atención del comprador (a menos de que se trate de un título especialmente reconocido o de una edición especial, para lo que se multiplican los cuidados, al igual que sucede en Japón). Así que, también la forma de leer está cambiando, y nuestros jóvenes leen libros “comenzando por el final”, que dirían nuestros padres, y si la lectura va acompañada luego de la versión animada, miel sobre hojuelas para más de uno.

Sin salirnos de este entorno juvenil, antes de que en España escuchásemos hablar de nos “ni-ni” o de la “generación ni-ni”, ya existían los *hikikomori* en Japón. Incluso han llegado definiciones de esta generación de jóvenes japoneses que no quieren estudiar ni trabajar, aunque, a diferencia de los españoles, pasan gran parte de su tiempo recluidos en sus habitaciones, jugando a videojuegos en red o relacionándose tan sólo a través de las distintas redes sociales, un medio en el que se encuentran cómodos y seguros. El profesor Federico Lanzaco, preocupado por los derroteros de la generación más joven de Japón, publicó hace poco un capítulo de libro: “Un nuevo amanecer en el País del Sol Naciente (cambios profundos de

valores y hábitos de consumo de la joven generación japonesa de 19-20 años)<sup>13</sup>, un texto en donde aparece y se define dicho vocablo a la perfección; pero, algunos años antes, en 2005, para ser más concretos, Carles Freixa Pàmpols escribía “Los hijos en casa: ¿*hackers* o *hikkikomoris*?, así, otorgando la ese de nuestro plural a la palabra japonesa en cursiva. Y es éste, el del comportamiento social de los jóvenes, *otaku*, *hikkikomori*, *fujoshi* (algunos autores lo catalogan como un subgénero del *otaku*), un extenso ámbito a explorar y teorizar para los sociólogos y antropólogos españoles.

Sintetizando, comprobamos que el léxico japonés está calando en nuestro idioma gracias a sus manifestaciones artísticas y culturales. Alterando esa falta de plural que la lengua del País del sol naciente no tiene, cuando oímos, por ejemplo: “Este fin de semana me quedo en casita, leyendo haikus”, o “¿Qué mangas has comprado últimamente?”, o “Ahora me ha dado por coleccionar reproducciones de katanas”, frases todas reales, escuchadas de labios hispanohablantes. Entre los propios hispanistas de Japón se dice que China ha llegado a España por los negocios (algo que no se puede negar) y por los negocios muchos se deciden a estudiar mandarín, pero Japón ha llegado a España por su cultura, la tradicional y la moderna, y, aunque produzca menos rendimiento a nuestros bolsillos, da bastante más satisfacción a la mente y al espíritu. Digo esto porque, como señalaba, en varias ciudades españolas se han inaugurado santuarios dedicados a la vertiente zen del budismo. Una rama que, si bien posee reminiscencias de procedencia china y coreana, se desarrolló y compuso en tierras niponas. Consúltese la página [www.zenkan.com/zen/glosario/](http://www.zenkan.com/zen/glosario/) para comprobar el número de palabras y expresiones japonesas (amén de vocablos procedentes del sanscrito o del pali) que maneja la comunidad (cada vez más pujante) de practicantes de budismo zen en nuestro país.

Si hablamos de la evolución, de la progresión de este vocabulario en nuestro idioma, es desde esa franja de los años 80 y 90 de pasado siglo XXI que *sumō*, *surimi*, *tepanyaki*, *tsunami*, etc. están en nuestras conversaciones, gracias también al descacharrante “Humor amarillo”, un concurso televisivo que no era chino, sino nipón, y del que costó trabajo discernir la realidad de lo inventado por los locutores, que poco o nada sabían del idioma japonés.

Otro de los ámbitos al que han llegado los vocablos japoneses ha sido el de la cocina. A finales de los noventa proliferaron aquí los *sushi-bar*, con más o menos calidad de la carta en según qué sitios. Este sector, el de la gastronomía, también ha aportado un buen número de palabras que están ya más que asentadas en nuestro uso cotidiano. Hemos de partir de la base que la dieta japonesa, tal y como ha

---

<sup>13</sup> Recogido en el libro: *Ensayos en honor del profesor Antonio Cabezas (Shoji Bando y Fernando Cid Lucas eds.)*, Kioto, Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto, 2015, pp.103-117.



explicado la profesora Kayoko Takagi<sup>14</sup>, cuenta con un sinfín de virtudes. Por ello, más allá del *sushi* y del *shashimi*, otros muchos ingredientes han llegado hasta nosotros y están disponibles en las estanterías de cada vez más supermercados, comenzando por las algas *nori*, las *agar-agar*<sup>15</sup> (presentes en los ingredientes de algunas cuajadas comercializadas por empresas peninsulares y de las que nada saben en los caseríos euskaldunes). El caqui quizá sea la fruta más conocida, con la variante escrita de “kaki”, o “caki”; y, en breve, veremos cómo un tipo de lima japonesa (en exclusiva), *sudachi* (“citrus sudachi”), por su riqueza de matices, por su sabor distinguido y riquísima cantidad de vitamina C y calcio, en comparación con otras especias, arraigará en nuestros fogones (aunque ya ha hecho tímida aparición en algún que otro programa televisivo).

Como vemos, no sólo de pescado crudo o de *wasabi*<sup>16</sup> vive la cocina nipona. Pero hemos de tener cuidado con errores como los que encontramos en las cartas de algunos restaurantes “japoneses”, donde podemos leer: “rollos maki”, cuando *maki* significa, precisamente, eso: “enrollar” o “rollo”; o: “té de *cha* japonés”, significando *cha* la más universal de las infusiones.

En lo que se refiere a las bebidas, el *saké* (sake ha quedado en las cartas de los restaurantes o en las etiquetas de las tiendas) sigue siendo la bebida más representativa de Japón fuera de sus fronteras, aunque queda por descubrir para la mayoría una interesante tradición cervecera, que se remonta a la Restauración Meiji, cuando los estadounidenses (y, en menor número, los alemanes) se asientan en este país y llevan consigo este néctar rubio, cuyo nombre, por cierto, en japonés, es la adaptación fonética del vocablo en inglés *biiru* (*beer*).

Termino con la que es, sin duda, la mayor dificultad a la hora de escribir las palabras japonesas (pronunciarlas resulta, en esencia, fácil, ya que su fonética es muy similar a la española). En cuanto a la hora de escribir estas palabras, es uno el problema nuclear que plantea esta llegada de términos japoneses a nuestro vocabulario. Me estoy refiriendo a la transcripción de las vocales largas, algo con lo que no contamos en nuestro idioma. Aquí, los usuarios hemos optado por varias vías, la forma francesa de hacerlo, empleando el tipo de acento “ô”, o la manera inglesa: “ō”; autoridades como el traductor Fernando Rodríguez-Izquierdo y Gavala

---

<sup>14</sup> TAKAGI, Kayoko, “Elogio de la dieta japonesa”, *Japón y la Península Ibérica: Cinco siglos de encuentros* (Fernando Cid Lucas ed.), Gijón, Satori, 2011, pp. 295-310.

<sup>15</sup> Ahora bien, si bien es cierto que a nuestro país este tipo de alga ha llegado por la cocina japonesa, donde se utiliza en un sinfín de platos (postres, en su mayoría), el origen del vocablo es de procedencia malaya, en donde significa algo así como: “de sabor dulce”. En Japón se vio como una alternativa más saludable a la gelatina de procedencia animal.

<sup>16</sup> Otra empresa, Lindt, ha comercializado una variedad de chocolate aderezado con esta pasta, proveniente de un rábano japonés picante. Es más, el propio Juan María Arzak ha alabado su uso en la repostería. El que escribe estas páginas también recomienda su (moderada) ingesta.

apuesta por una tercera vía, tal vez más natural, la de duplicar la grafía de las vocales: “oo”.

Hay nuevas editoriales dedicadas en exclusiva a publicar libros sobre Japón o las traducciones de escritores japoneses; la salud de los mangas editados en España es buena; se abren y se acude, aquí y allá, a restaurantes nipones; un recién terminado “Año Dual” ha llevado a un buen número de viajeros españoles al País del Sol Naciente y viceversa; nos queda observar y ver qué nuevas artes arriban (pienso en el *suiseki*, del que ya comienzo a tener noticias aquí), qué alimentos aún desconocidos nos llegarán y, consecuentemente, qué nuevas palabras comenzaremos a manejar. De momento, déjenme despedirme con un sentido, aunque no definitivo, *Sayonará!*

### BIBLIOGRAFÍA<sup>17</sup>

- BARRALI, Étienne, *Otaku, les enfants du virtual*, Paris, Editions Denoël, 1990.
- Medina, Ignacio, *Cocina país por país: Japón*, Madrid, El País, 2005.
- DE LA CORTE, Francisco, *El japonés escrito*, Madrid, Hiperión, 1995.
- GUARNÉ, Blai, “La escritura de lo ajeno. Ambivalencia e hibridación en el *katakana* japonés”, *Mirades, imatges y representacions* (G. Orobitg y R. Canals eds.), Barcelona, Institut Català d’Antropologia, pp.122-139.
- HAYAKAWA, Isamu, *A Historical Dictionary of Japanese Words Used in English (Revised and Corrected Edition)*, Tokyo, Texnai, 2014.
- LOZANO-MÉNDEZ, Artur (ed.), *El Japón contemporáneo. Una aproximación desde los estudios culturales*, Barcelona, Bellaterra, 2016.
- MOLINER, María, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1994.
- PARDO TORIO, José Luis, *Estructuralismo y ciencias humanas*, Madrid, Akal, 2001.
- RODRÍGUEZ-IZQUIERDO Y GAVALA, Fernando, “Hispanismos en el léxico japonés”, *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año 15, 1979, pp. 29-36.
- SAID, Edward W., *Orientalism*, London, Penguin, 2003.
- SINGER, Kurt, *Mirror, Sword and Jewel: The Geometry of Japanese Life*, Tokio, Kodansha, 1981.
- SUGIMOTO, Yoshio, *Una introducción a la sociedad japonesa*, Barcelona, Bellaterra, 2016.
- TAI WHAN, Kim, “Análisis lingüístico de los japonsismos en “Triunfo de la fee en los reynos de Japón”, de Lope de Vega”, *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua española* (Manuel Ariza Viguera coord.), vol. 1, 1992, pp. 1355-1358.
- TINAJERO, Araceli, *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*, West Lafayette Purdue, University Press, 2004.

<sup>17</sup> Se recogen en este apartado tan sólo las referencias bibliográficas que no aparecen reflejadas ya en las pertinentes notas a pie de página del texto.